



YARA ZGHEIB

SUEÑOS FRÁGILES

Grijalbo **narrativa**

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Para vosotros, los que habéis encontrado en estas páginas
esas gafas de leer, esa sudadera o esos pendientes,
vuestro libro preferido o vuestro sabor de helado favorito,
aquellos lunares o aquel perfume, esa receta de crepes
tan especial, ese fruncimiento de nariz, ese tartamudeo
o ese calcetín perdido*

*Crece como un incendio tras las cosas;
que sus sombras, tendidas, me cubran siempre entero.*

Déjalo ocurrir todo: hermosura y espanto.

Solo hay que andar. Ningún sentido es el que está más lejos.

No te dejes separarte de mí.

Cercana está la tierra que estos llaman vida.

La reconocerás por su seriedad grave.

Dame la mano.

RAINER MARIA RILKE

1

Yo la llamo la habitación Van Gogh. Por la paleta cromática tan diferente que tiene. Manta de color melocotón difuso, paredes del mismo tono. Moqueta verde pastel sobre un suelo de madera de cerezo. Persianas y contraventanas blancas, la ventana y la puerta del armario chirrían. Todo aquí es pálido y desvaído, un poco como yo.

Miro alrededor y pienso: *Aquí es donde empieza*. En la Habitación 5, en el lado este de una casa rosácea que hay en el 17 de Swann Street. Un sitio tan bueno (o malo) como cualquier otro para una historia como esta. Es un dormitorio sencillo y bastante acogedor, discutiblemente limpio. Al menos tiene una ventana; veo la entrada, el filo de la calle y un trocito de jardín y de cielo.

Cuatro perchas, cuatro toallas, cuatro baldas. No metí gran cosa en la maleta, tampoco necesito más. Pero sí que traje mi estuche de maquillaje, uno rojo que antes era de mi madre. Aunque no es que vaya a necesitarlo; no iré a ninguna parte en mucho tiempo. No tengo que ir a trabajar el lunes por la mañana, tampoco tengo planes para el fin de semana. Pero quiero estar guapa, debo estarlo. Pongo el estuche de maquillaje en la balda blanca y me aplico un poco de colorete en las mejillas.

Desodorante, crema corporal de coco. Mi perfume de manzana y jazmín. Una pulverización detrás de cada oreja y después dos más. No quiero oler a cama de hospital.

Cuatro imanes sobre un tablón magnético. Vaya, necesita-

ré muchos más. Por ahora extendiendo en forma de abanico una buena pila de fotografías en el suelo. Miro detenidamente todos los rostros que he amado en mi vida y cuelgo en el tablón mis cuatro favoritos.

Mi madre y mi padre. *Maman et papa* aquel lejano día en que se fugaron juntos. Ella con el vestido blanco prestado y los zapatos blancos, él con el traje de su padre.

Una foto de Sophie, Camil y yo, haciendo un pícnic junto a un arroyo. Debía de ser otoño; el cielo estaba nublado. Camil tendría cinco o seis años; tiene en el regazo a Leopold, que entonces todavía era un cachorro.

Matthias, el guapísimo Matthias, entornando los ojos a causa del sol ante mi cámara. La primera foto que le hice, aquella primera mañana en París. Un día tranquilo y feliz.

Y la última es de Matthias y yo con las bocas manchadas de chocolate y unos crepes a medio comer en las manos. Nuestra foto de boda oficial, para la que posamos orgullosos delante del *Métro* hace tres años.

El caleidoscopio va junto a la cama, las zapatillas y una caja debajo. Bajo la persiana y enciendo la lámpara de la mesilla.

Acabo de mudarme a la Habitación 5 del 17 de Swann Street.

Me llamo Anna. Soy bailarina y siempre estoy soñando despierta. Me gusta tomarme un vino espumoso a última hora de la tarde y comer fresas maduras y jugosas en junio. Las mañanas tranquilas me hacen feliz y los atardeceres me ponen triste. Como a Whistler, el pintor, me gustan las ciudades grises y brumosas. Los días grises y brumosos los veo violetas. Creo en el sabor intenso del auténtico helado de vainilla

que se derrite sobre un cucurucho formando chorretones pegajosos. Creo en el amor. Estoy locamente enamorada de alguien y ese alguien está locamente enamorado de mí.

Tengo libros que leer, lugares que ver, bebés que acunar, tartas de cumpleaños que saborear. Incluso me quedan unos cuantos deseos de cumpleaños de sobra que todavía no he gastado.

¿Qué estoy haciendo aquí entonces?

Tengo veintiséis años. Pero es como si mi cuerpo tuviera sesenta y dos. Y mi cerebro también. Ambos están cansados, irritables y doloridos. Hace tiempo tenía el pelo rubio claro y una tupida melena. Ahora lo tengo de un beis desvaído e insulso y los mechones me caen sobre la cara, a veces incluso se me quedan en las manos. Los ojos, verdes como los de mi madre, los tengo tan hundidos que no hay maquillaje que consiga hacer menos profundos esos cráteres. Lo que sí conservo son mis bonitas pestañas. Siempre me han gustado. Se curvan ligeramente hacia arriba como las de una muñeca que tuve.

Las clavículas, las costillas, las rótulas y unas venas azules, delicadas como serpentinas, se aprecian bajo mi piel, fina como el papel. Y la piel, el órgano más grande del cuerpo y su primera línea de defensa, me resulta más decorativa que funcional últimamente. De hecho, ni siquiera eso: la tengo agrietada y tensa y siempre está fría y llena de hematomas. Hoy huele a aceite de bebé. Me he puesto el de lavanda para la ocasión.

Tengo el vientre plano. En algún momento tuve labios y pechos, pero todo eso se desinfló hace meses. Como también se encogieron mis muslos, mi hígado y mi culo. También he perdido mi sentido del humor.

Ya no me río mucho. Muy pocas cosas me resultan divertidas. Y cuando lo hago, mi risa suena diferente. Por lo visto, también le pasa a mi voz por teléfono. Aunque no es que yo haya notado la diferencia: no tengo mucha gente a la que llamar.

Caigo en la cuenta de que no tengo el teléfono, y entonces me acuerdo: me lo han quitado. Me permiten tenerlo hasta las 10.00 de la mañana y después de la cena. Una de las muchas normas que tendré que seguir mientras viva aquí, dure esto lo que dure. ¿Cuánto tiempo estaré aquí? Aparto de mi mente ese pensamiento...

... y me asalta el pánico. No reconozco a la chica cuyos rasgos acabo de describir.

2

Formulario de Ingreso y Evaluación Clínica

Viernes, 20 de mayo de 2016

Datos personales del paciente

Nombre: Anna M. Roux (apellido de soltera: Aubry)

Fecha de nacimiento: 13 de noviembre de 1989

Lugar de nacimiento: París, Francia

Sexo: Mujer

Edad: 26 años

Persona de contacto en caso de emergencia

Nombre: Matthias Roux

Relación con la paciente: Cónyuge

Otros datos

Profesión:

Yo le digo a la gente que soy bailarina, aunque hace años que no bailo. Trabajo de cajera en un supermercado, pero mi verdadera profesión es la anorexia.

Estado civil: Casada

Hijos: No

Aún. ¿Tal vez, con suerte, los tendré cuando todo esto acabe?

Me salto: Etnia, Historial familiar y social, Educación y Aficiones.

Estado físico

Me encuentro bien, gracias.

Alergias: Ninguna

Última regla: Se desconoce

Es que no recuerdo la fecha.

¿Métodos de planificación familiar? ¿Medicación anticonceptiva?

¿Para qué? Y otra vez: ¿para qué?

Peso y altura: *¿Y a usted qué le importa?*

Peso del paciente: 40 kilos

Altura del paciente: 1,53 metros

IMC: 15,1

Sí, estoy un poco delgada. ¿Y qué?

Hábitos nocivos

Tabaco:

No. *No me gusta cómo huele.*

Alcohol:

Una copa de vino una vez a la semana, los viernes por la noche.

Drogas recreativas:

No.

Cafeína:

¿Cómo voy a funcionar si no teniendo en cuenta que solo duermo tres horas?

Número de ingestas de comida que hace habitualmente en un día normal:

Habría que definir las palabras «normal» y «comida». Suelo llevar unas manzanas en el bolso por si tengo mucha hambre.

Número de ingestas de comida que hace habitualmente en un día de fin de semana normal:

¿Por qué iba a ser diferente de lo anterior? Bueno, a veces me hago palomitas de maíz en el microondas. Una sola ración. Baja en calorías.

Rutina de ejercicio regular: Sí.

Por supuesto.

Frecuencia: Diaria.

Describe el tipo de ejercicio que realiza:

Corro, hago ejercicios de fuerza y estiramientos durante dos horas todas las mañanas, antes de las 7.00.

¿Qué hace para gestionar el estrés?

Corro, hago ejercicios de fuerza y estiramientos durante dos horas todas las mañanas, antes de las 7.00.

Salud mental

Principal problema o preocupación: Dificultad para ingerir ciertos alimentos.

Dificultad para comer, punto. Pérdida de interés por la comida, pérdida de interés por todo en general.

Cambios importantes o factores estresantes en los últimos meses: Ninguno.

Que yo quiera revelar aquí.

Problemas mentales diagnosticados con anterioridad: Ninguno.
Ya he dicho que me encuentro bien.

¿Siente tristeza?

Sí.

¿Angustia?

Sí.

¿Ansiedad?

Sí, sí.

Marque los síntomas que haya tenido durante el último mes:

Ingesta restringida de alimentos.

Sí.

Ejercicio físico compulsivo.

Sí.

Evitación de ciertos alimentos.

Sí.

Abuso de laxantes.

Sí.

Atracones.

Sí. *Me comí un paquete entero de moras la semana pasada.*

Vómitos autoinducidos.

Solo por el sentimiento de culpa. Véase lo de las moras de antes.

Preocupación por el peso, la imagen corporal o por verse gorda.

Sí. Sí. Sí.

Peso total que ha perdido durante el último año:

Paso.

Peso más bajo que ha alcanzado:
Paso otra vez.

Estas preguntas no me parecen adecuadas.

Diagnóstico

Anorexia nerviosa restrictiva.

3

La habitación, más bien el piso entero, era un cubo de estilo industrial. El tipo de vivienda que les encanta a los promotores que buscan reducir costes y a los inquilinos con ingresos reducidos. Techos altos y paredes de hormigón al descubierto, provocativamente desnudas, enmarcadas por tubos de acero. Más un loft que un apartamento... o, mejor, un estudio.

La luz entraba a raudales por la ventana que ocupaba la única pared que daba al exterior. Ella se acercó y miró la pequeña extensión de césped y el edificio de enfrente, y después alzó la vista hasta el tercer piso y la ventana que se encontraba justo a la altura de la suya. Las persianas estaban cerradas. ¿Allí la gente conocería a sus convecinos? Aunque allí dirían «vecinos». Tendría que procurar recordarlo.

«Piso» tampoco era la palabra que utilizaban allí, se dijo. Allí a los pisos los llamaban «apartamentos». Ahora estaba en Estados Unidos.

«Apartamento.» «Estados Unidos.» Repitió las palabras para probar y sintió su sonido al pronunciarlas. Ese apartamento estaba vacío, pero les pertenecía, y era pequeño, aunque lujoso considerando los estándares parisinos.

En París habían vivido en una habitación que era como un armario y compartían una pared, un cuarto de baño, una cocina diminuta y una nevera con un estudiante de filosofía, un psicólogo y sus amantes, y un informático que